

dose en casa de Olimpa, en la cual halló á Tirse, que ya le esperaba cuidadosa de si cumplía lo que le habia ofrecido, el cual saludándolas cortés, y habiendo sido correspondido, sacando del pecho unas cartas viejas, les dijo: Ya tienen ustedes, mis señoras, lo que me han mandado, si bien se habrá de copiar, por estar en borrador y hacer yo la letra no muy buena: achaque de mi calidad encubierta. Detuvieron la risa, oyendo la ponderación en un hombre que de todo lo que llevaba no se podia hacer una mecha á un candil; pero él, arqueando las cejas, dijo: Atencion, por mi amor, que las décimas dicen:

Anarda la dádiosa,  
En el mundo singular,  
Que es mucho que llegue á dar  
Una mujer siendo hermosa:  
De amor prenda generosa,  
Que con manos excelentes  
Hoy tu riqueza en corrientes  
Raudales la desperdicias,  
Y con tan grandes primicias  
Crecen los rios y fuentes.  
Crece tu liberal mano,  
Por dar á tu madre un yerno,  
El terciopelo en invierno,  
El tafetan en verano;  
El te busca cortesano,  
Y tú sustentas su porte;  
Mas justo es que se reporte  
Aquí tu accion liberal,  
Que este mal no es tan gran mal  
Que necesite de un corte.  
Dádivas quebrantan peñas,  
Suele el adagio decir,  
Pero suele divertir  
Al que conoce sus señas:  
Mira bien á qué te empeñas,  
Y no te des á partido,  
Porque es afan deslucido  
Del amor, y no lo dudo,  
Que él le pretenda desnudo,  
Y tú le busques vestido.  
Tirse, tu amiga, dirá,  
Si aquesto la comunicas,  
Que es bajeza, pues te aplicas  
A quien te tiene, y no da:  
Concluida quedará  
Aquí tu razon, sin duda;  
Y si es que acaso te acuda  
A responder por tí sola,  
Dirá que rueda la bola,  
Que á quien muda Dios le ayuda.

Estimó mucho Tirse las décimas, y encareció lo bien escrito con algunos hipérboles, muestras de su agradecimiento, ofreciendo traer algunos versos del correspondiente de Anarda para otro día; y para agradecer á Vireno el cansancio, le dijo se sirviera de una curiosa sortija que en su mano lucía á vista de los esplendores que ostentaba cándido hechizo de los ojos y perfeccion atractiva de la voluntad, á que Vireno hizo esta redondilla:

Niña, que el amor prohija,  
Y á serviros me abalanza,  
No diréis sois mala lanza,  
Pues me llevo la sortija.

Con mucha risa fué aplaudida la redondilla de las damas, y queriendo despedirse Tirse, le suplicó Vireno la diera licencia de acompañarla, que por pedirlo Olimpa, hubo de consentir; y habiendo pasado la tarde con

algunos chistes, se despidieron, quedando en verse para el día siguiente.

Iba nuestro licenciado acompañando á Tirse, y sucedió haber de pasar por una de las calles del presidente, y por no descubrir á Tirse sus pactos, hubo de hacerlo, aunque contra su voluntad, porque acertó á topar con el Sargento, que llegándose á ellos, les dijo: Usted, mi señora, socorra á un pobre soldado, que en servicio de su rey ha recibido muchas heridas. Rióse Tirse de oírle contar batallas, cuando sabia que jamás las habia tenido sino con Longares y Cariñena, en donde se habia señalado mucho, pues todo lo habia tomado á pechos, diciéndole: Bien se conoce que usted ha peleado mucho y con muchos, pues las pintas del rostro nos lo dicen. ¿Y cómo, mi señora? Esto del ojo fué una bala de artillería, que si no fuera ser valientes mis pestañas, que con un abrir y cerrar la ahuyentaron, lo hubiera perdido. A fe que tiene mal ganado, respondió Tirse, pero quédese á Dios, y tome para que les pueda dar fuerza. Esto dijo dándole unos dinerillos que el Sargento recibió, diciendo: Loado sea el hijo de María, que á los postres del día tope un hombre el principio de lo que desea; y se entró en una ermita á dar gracias. Fuéronse dando carcajadas Tirse y Vireno, y llegando á su posada, dijo: Esta es, señor licenciado, mi pobre choza, para lo que se le ofreciere. Despidióse, quedando verse el día siguiente y acordando los versos á Tirse.

Gustoso al parecer estaba, pero como todos los gustos son visperas de pesar, le sucedió que pasando por una esquina, le ceceasen de una reja baja, á la cual se llegó, y oyó que decían: ¿Es don Francisco? A tiempo que mudando algo la voz, respondió: El mismo. Pues esa es la muestra; usted haga como la concierten, que mi señora doña Anastasia lo estimará. Y á este tiempo le pusieron en la mano una bolsa de ámbar, cairelada de oro, que el licenciado tomó, y dijo haría la diligencia, y cerrando la ventana, se quiso ir, á tiempo que se vió embestir de un bulto que con una espada y un broquel á toda priesa le seguía; mas dejándose caer, dijo no debía ser él á quien buscaba, á cuyas razones el contrario conoció su inadvertencia, y diciéndole se levantase, se despidió; pero diciéndole estar herido, le pidió perdonase, y conociéndolo por pobre, le dió un bolsillo con algunos de á ocho para su cura; así se retiró á su posada Vireno, y llamando á un cirujano, le halló una pequeña herida en la mano izquierda, que le curó, dejándolo hasta otro día.

Pasó algo inquieto la noche, cuidadoso de qué podia venir dentro de la bolsa, y luego que amaneció la miró, hallando en ella una muestra de reloj harto curiosa, si bien de poco valor; consolóse con la segunda, por hallar en ella hasta cien reales en moneda doble, que aunque estos le costaron sangre, los estimó mas, por ser adagio comun que lo que vale mucho, etc. Vino el cirujano, y diciéndole no ser cosa lo de la mano, se vistió con intento de no dejar de oír los versos del galán de Anarda; y habiendo comprado una banda negra

para sustentar el herido brazo, llegada la tarde, se fué en casa de Olimpa, que la halló algo melancólica, y preguntándole la causa, dijo ser haberle hecho falta cierta paga que le habian de hacer, y hallarse empeñada en dar veinte de á ocho por un trendo que aquella casa hacia; á que el licenciado respondió: No se fatigue usted, que yo me atrevo á buscar el dinero. Cierta lo estimaré, respondió Olimpa, y correrá por mi cuenta la satisfaccion, pero mire que se han de dar cuanto antes se pudiere: ¿no le parece á usted que como se den el domingo estará bien? Sí, señor, respondió Olimpa; pues descuide. Aquí llegaban de su conversacion, cuando entró Tirse, tan bella como ella misma, que no hay mas que encarecer; y habiendo tomado asiento, dijo: Ya tengo acá los versos. Pues veámoslos, pidió Olimpa. Diciendo Tirse: El asunto es el no poder ver á su dama un galán por estar indispuesto del achaque de habérsele encarnado una uña del pulgar del pié derecho; los versos dicen:

Temiendo, Anarda, tu enojo,  
La disculpa te he de dar,  
Que no iré á visitar  
Es por andar de pié cojo.  
De un dedo carne me araña  
Una uña desigual,  
Que he dado en quererla mal,  
Siendo los dos carne y uña.  
Mas en mi desdicha veo  
Te tienes, niña, de holgar;  
Pues llegarás á alcanzar  
Saber del pié que cojeo.  
Porque bien claro se ve  
Que, aunque lo llegue á encubrir,  
No ha de llegar á sufrir  
Esta duda estar en pié.  
Y aunque estoy muy satisfecho,  
Remedio no he de tener,  
Que estoy en pié á padecer  
Condenado por derecho.  
Pero confie mas, pues  
Me dicen y me dan gusto,  
Que suele al que calza justo  
Irsele este mal por pies.  
Yo colijo de su trato  
Y de su buen proceder  
Que quiere darme á entender  
Dónde me aprieta el zapato.  
Pero dicen mis barruntos,  
Viendo sus grandes aceros,  
Que un hombre hace mal con cueros  
Llegar á ponerse en puntos.

Celebró mucho Vireno las redondillas, diciendo: A vista de esto, ¿qué quiere usted luzca, siendo todo resplandores? Bueno, bueno, dijo Tirse; dejemos eso, y díganos qué le motiva el traer esa banda. Eso mismo quería yo preguntar, dijo Olimpa, que me ha hecho novedad. No es cosa, respondió Vireno, lances que suceden á los hombres. Siempre habrá sucedido por alguna dama, dijo Olimpa, que las mujeres de muy antiguo nos viene el ser origen del daño. Levantóse Vireno, y quitándose el sombrero, dijo: No habia reparado, perdonadme, Señor, que estaba divertido, pues diciendo el Evangelio, me estuve con tanto descuido. Bueno, bueno, dijo Tirse, bien acredita usted lo que es tan contra las señoras mujeres. Esto ha sido chanza, respondió, que ya saben les soy muy aficionado. Pues

¿qué ha sido lo de la mano? volvió á preguntar Tirse. A que respondió: Yo lo diré en una redondilla.

Lo de la mano es muy llano  
Que fué caso contingente,  
Pues por hallarme corriente,  
Puede ponerlo en la mano.

Vitor, dijeron las damas; llévese usted el laurel de los poetas. Cese, dijo Vireno, la alabanza, que es poner ramo, etc.

No espere el lector que diga que nuestro licenciado les dió de merendar á estas damas, aunque me oiga decir que las regalaba con estos platos compuestos, pues los poetas no dan manjar menos costoso. Básteme decir que él tomara si le dieran, como se ha visto; y habiendo recostádose el sol en las bien mullidas espumas, trataron de irse cada uno á su posada.

No se descuidó de hacer la diligencia que Olimpa le tenia encomendada, y para buscar los veinte de á ocho se valió de esta astucia.

Tenia, como hemos dicho, aquella muestra de reloj Vireno, y para buscar los veinte de á ocho hizo esto: llegóse en casa de un famoso relojero de los mas hacendados, y habiéndole saludado, le mostró la muestracilla, diciendo: ¿Qué le parece á usted, señor maestro, de esa muestra? Buena, respondió; pero se ha de limpiar, que está algo tomada del tiempo, y es poca curiosidad tenerla así. Pues usted lo haga, que yo volveré por ella. Está bien, dijo el maestro; siempre que usted quisiere podrá, que esto es negocio de media hora. Despidióse con esto, volviendo muy puntual; y habiéndola alabado y exagerado su fineza, le satisfizo y le dijo: Usted me ha de hacer favor de tenerla á la vista, porque yo querria deshacerme de ella. ¿Pues cuánto dirémos? preguntó el relojero. ¡Oh señor mio! respondió, es alhaja que la estimacion hace el precio; pues cierto que he vendido yo otras algo mejores por cinco escudos. Guarda la cara, dijo Vireno; no, señor, mas me costó á mí en Venecia de un insigne artífice: no la ha de dar usted menos de treinta de á ocho, y es darla por un pedazo de pan, y á mas que si no se vende, esta no le puede á usted hacer gasto: téngala á la vista, y á quien diere lo que digo, déla, que yo satisfaré el agasajo. Está bien, dijo el maestro, pero juzgo será tarde. No importa, ¿qué le hemos de hacer? respondió el licenciado. Y con esto se despidió, y trató la venta de la muestra de esta suerte.

Pasaba á la sazón por Zaragoza un caballero sevillano, llamado don Francisco de Chaves, del hábito de Santiago, el cual iba á hacer las pruebas de este hábito para don Rodrigo Arbizu, que á la sazón se hallaba en Sevilla, á Pamplona, cabeza del nobilísimo reino de Navarra; á este vió nuestro Vireno con grande acompañamiento de pajes salir de Nuestra Señora del Pilar; y llegándose á uno de ellos, tuvo noticia de la calidad, nombre y prendas de este caballero; y haciéndosele encontradizo, lo saludó diciendo: ¿Es posible, señor don Francisco, que tengamos tanta dicha de verle á usted por esta tierra? ¿Cómo queda el señor don Alfonso

de Chaves? Admirado quedó el forastero de oír su nombre y el de su padre, en hombre, que á su parecer, jamás había visto, preguntándole: ¿Pues quién es quien tantas honras me hace? No me admiro que usted no me conozca, que ha muchos días que falto de Sevilla; pero si el señor don Alonso me viera, presto me conocería; yo soy hijo segundo de don Baltasar Alderete, veinticuatro bien conocido. Y como que lo es, respondió don Francisco, y el mayor amigo que tiene mi padre; y usted debe ser el señor don Juan, que ha tantos años que allá no se sabe de su persona. El mismo, acudió Vireno, que travesuras de mozo me tienen en este estado. Cierito que me he holgado mucho, por llevar tan buenas nuevas al señor don Baltasar de que se me haya ofrecido esta comisión, dijo don Francisco. Yo soy el que he tenido la dicha, respondió Vireno, y más por hallarme en cierto empeño de que usted me ha de sacar. Y como que sacaré, dijo el forastero; todo lo que usted tarde en declararse será hacerme muy poca merced. Pues, señor, el caso es que cierta dama ha apetecido una muestra de reloj que está en casa del artífice; el cual llegando yo á comprarla para servir á esta dama, me ha pedido un excesivo precio, tanto, que me he llegado á enfadar viendo su necedad, porque os aseguro que no vale de treinta de á ocho adelante, y él me pedía cuarenta con un desuello increíble; por lo cual, amigo y señor, vos me habeis de hacer favor de ir, y concertarla en treinta de á ocho, dando estos seis de señal, dejando dicho que al que llevaré la resta se le entregue. Esto dijo, dándole á este caballero los seis referidos, que aunque lo rehusó diciendo que él los daría, no quiso consentir, diciendo: para mayores cosas quiero yo los amigos, que esto es una chuchería. Y dándole las señas de la muestra y de la bolsa, se despidió, habiéndole dicho la casa del relojero, quedando verse á la tarde en Nuestra Señora ó en Santa Engracia, adonde dijo este caballero podría ser iría á visitar aquel *Non plus ultra* de los erarios y archivo de las mayores reliquias del mundo.

Fué don Francisco á la casa del relojero, y habiendo visto la muestra, y conociendo ser aquella por las señas de la bolsa, la concertó en los treinta de á ocho, dando los seis de señal, y dejando dicho que se la diesen al que trujera la resta, y se partió á ver lo más notable de aquella ciudad.

Admirado quedó el relojero de ver que se había vendido aquella muestra en tan excesivo precio; y así, quiso tener algún logro en ella, diciendo no haberla vendido sino en veinte y ocho de á ocho; pues le pareció era repagarla, y que dándole á Vireno esta cantidad luego, no haría reparo, y él no podía perderla por tener la señal dicha. Estando discutiendo esto, acertó á pasar Vireno, al cual llamó y le dijo: ¿Qué le parece á usted, señor licenciado? ya tiene vendida su alhaja. Siempre habrá hecho usted de las suyas, dijo el licenciado. ¿Cómo? replicó el maestro, juro á Dios que se la han repagado á usted. ¿Y en cuánto ha ido? le replicó riéndose. En veinte y ocho de á ocho, que le ase-

guro que no entiendo en qué puede estar tanto valor; cierto es que usted no lo entiende, que si lo entendiera, no hubiera hecho tal disparate; quédese á Dios, que voy de priesa. Oye usted, dijo el maestro, ya está hecho, paciencia; si quiere el dinero véalo. Echelo acá, dijo Vireno, que yo le aseguro sea la última alhaja que á usted le encargue. Y habiendo recibido los veinte y ocho de á ocho, le dió dos diciendo: Tome para unas perdices, que aunque me ha desabrido, no quiero se queje de mi galantería; y adios, que me esperan; dejándole muy contento por ver cuán bien le había salido su traza.

Sin detenerse se partió en casa de Olimpa, á quien dió los veinte de á ocho, que ella recibió con muchos encarecimientos, diciendo: Muy puntual sirve usted á quien tan poco debe. Déjate, niña hermosa, de eso, y perdona la llaneza. Bueno está eso por mi vida, dijo Olimpa; así gusto yo que me traten los que me hacen favor. Estimo el agasajo, respondió el licenciado, y dándole licencia, me voy poco á poco á comer. Si usted es servido, ya sabe que la olla de viuda no puede ser muy regalada. Yo lo estimo como si lo comiera, dijo él; quédate á Dios hasta la mañana, que esta tarde estoy un poco ocupado. Está bien, dijo Olimpa. Yéndose á su posada, de la cual salió en busca de don Francisco dadas las cuatro, guiando por la calle de la Pelota á Santa Engracia: no se detuvo en esta, lo uno, por no ser aficionado, y lo otro, por no ver murmurar faltas ajenas á los que viven tan descuidados de las suyas.

Llegó á aquella portentosa fábrica, y habiendo encontrado á don Francisco en la portada, después de haberle saludado, le dió las gracias de la puntualidad con que había ejecutado lo que le suplicó, y se pusieron ambos á mirar y admirar juntamente aquel sin segundo milagro de alabastro y portentosa ejecución del arte; visitaron lo más célebre de este templo, y se admiraron viendo en las argentadas lámparas un milagro continuado, pues, siendo el fuego causa de dos efectos, allí solo se advierte el de lucir sin sombra por faltarles el humo, que don Francisco celebró con debidas admiraciones; adoraron las sagradas testas de aquellos tío y sobrina, honor y lustre de la nación lusitana, junto con la del famoso Labrador Lambert, cuya heroica planta se cortó en buena luna, pues goza del eterno sol; también el *lignum crucis*, pectoral que fué del santo rey don Fernando Católico, catecismo de nuestra fe; las masas tan celebradas de aquellos fieles sin número, la preciosa imagen del corifeo de los ángeles Miguel, cuya hechura es preciosa por su materia, y sin precio por su dibujo, timbre del arte, dechado de la perfección; pasaron al interior de la casa, celebrando la librería por la diversidad de sus cuerpos y composición de libros. Bajaron á sus claustros á hora que ya la noche se venía, con que se despidieron de los religiosos, dándoles las gracias de haberles mostrado tanta grandeza; y queriendo irse á su posada, no lo consintió don Francisco, diciéndole que por ser la última noche que había de estar en Zaragoza, le honrase sirviéndose

de su mesa; hubo de consentir nuestro licenciado, yendo á la posada de don Francisco, en donde hallaron una espléndida cena; y después de haber cenado, se fué á su posada Vireno, quedando, que si acaso volvía don Francisco por Zaragoza, podría ser irse en su compañía á su patria, y á la despedida lo abrazó este caballero, diciéndole había de partirse antes del amanecer. No se holgó poco cuando oyó era tan apriesa su partida, temiendo que por este medio podría ser, si se estaba más días, se sabría lo del reloj; fuese gustoso á su posada á esperar el día, para con él ver á su Olimpa, juzgando estaría quejosa de tanta ausencia.

Levantóse muy de mañana, y al tiempo de salir de su posada topó con el visitador de parajes, el cual le dijo no dejase de acudir á la junta el domingo, que era el día siguiente, porque había muchas novedades, pena de incurrir en la desgracia del archipobre, y que se haría un castigo ejemplar en su persona si fallaba; ofreció hacerlo, y despidiéndose de él, guió á la casa dicha; entró en ella, siendo recibido de doña Sofía y sus hijas con mucho regocijo, llamándole su valedor, su amparo y remedio; tanto adquiere un agasajo hecho en oportunidad; y habiendo tomado asiento, le pusieron una bien compuesta mesa con dos pastelones, uno de salmón, y otro de anguilas, diciéndole tomase aquel desayuno, y perdonase el atrevimiento. Bueno, bueno, dijo Vireno, esto es mucho para quien tan poco merece como yo. Déjese usted de eso, dijo doña Sofía, y almuerce, que esta es corta paga para lo que le debemos; almorzó con mucho gusto, y á los postres vino doña Tirse, que fué bien recibida de todos, á quien nuestro Vireno hizo esta redondilla:

Tu venida, Tirse mía,  
No me ha cogido en ayunas;  
Que tan lindas acellinas  
Pueden ser postres del día.

Con encarecidos hipóboles celebraron la bien dicha redondilla, diciendo Tirse: Siempre los postros suelen ser los mejores, aunque por mí no se puede decir, pues al fin de las mayores finezas he hallado el más infeliz postre que se pudo dar á mi voluntad. ¿Pues cómo? dijo Vireno; ¿tan mal ha correspondido? No es posible sea hombre de obligaciones. Aun por tener tantas hechas, me veo con tantos ahogos, respondió ella. Cierito me pesa, dijo Olimpa, pues no eres digna de tales enfados. ¿Qué quieres, amiga! dijo ella, somos desdichadas las que nacemos enamoradizas. Y como que lo son, dijo Vireno: yo tuve un aficionado mío de mucha edad, y tan cabido con las damas, que ninguna le cerró la puerta; y esto era por haber guardado toda su vida tres cosas. ¿Y cuáles eran? preguntó curiosa Olimpa. Las de no querer, creer, ni burlar á una dama. No me parecen muy mal, dijo Tirse, las dos, segunda y tercera, pero la primera no apruebo, porque donde no hay voluntad, mal se ejecutan las obras; las dos quisiera que se me declararan. Las tres explicaré brevemente, y atención.

Querer á una mujer, decía, no lo haga ninguno,

porque son tales como la mona, que conociendo que un hombre la teme, lo que es en la mujer quererla, lo araña, lo cuca y lo muerde: esto es en la mujer, se burla, se mofa y hace chanza de sus amenazas, pareciéndole le tiene tan presa la voluntad, que no se ha de poder desasir por más que haga, por no privarse de sus cariños.

Creerla, menos, porque ninguna habla verdad; esto no se entiende con las mujeres de pundonor, como ustedes, y los mismos cariños usan con Juan que con Francisco en pagárselos, que hasta esto lo han hecho granjería.

Burlarla, tampoco, porque los tales perros suelen llevar maza, que á puros golpes avisan á los demás, con que la que una vez se ve burlada, no se deja engañar segunda.

Y en cuanto lo que usted ha dicho del quererla, digo que será justo que se quiera, pero que no se diga, y sáqueme de este ahogo Góngora, donde dice:

Manda amor en su fatiga  
Que se sienta y no se diga.

Porque yo no he de seguir la conclusión que dice:

Pero á mí más me contenta  
Que se diga y no se sienta.

Por ser esto último el crédito de la segunda propuesta de mi amigo.

A fe que no era bobo el tal que llama usted bobo; podía leer cátedra á los novicios en el arte; era perro viejo, y sabía mucho. ¿Y cómo que sabía? dijo Tirse; yo me hubiera holgado conocerle, para no haber dado en este barranco de afición tan ciega, que por serlo se pasa con perros, que le sirven de guiarla al precipicio; pero yo abriré los ojos, que más vale tarde que nunca, pues dice el adagio: Quien yerra y se enmienda, etc.

Así pasaron hasta la hora del medio día, en que se despidió nuestro licenciado, diciendo tenía mucho que escribir aquella tarde por haberse de ballar en cierta junta el domingo, donde habían de concurrir los mayores hombres del mundo y haber de dar su parecer.

Aquí fué donde tuvieron por hombre sabio en leyes al señor licenciado estas señoras, á causa de no entender su facultad, cobrándole nueva afición, porque á esta gente jamás le faltan barajas, acariciándolo de nuevo Tirse, por si acaso se le ofrecía haberlo de menester en sus trabajos; que las tales siempre tienen uno de cada facultad para sustentar su arte. Despidióse dejándolas gustosas de su empleo.

Llegó el domingo, y con él la hora en que se había de hallar con sus camaradas, que ya lo esperaban, y el Sargento sacando un papel, leyó:

CARGOS QUE SE LE HACEN Á NUESTRO SECRETARIO,  
EL DOMINE POR OTRO NOMBRE.

Primo, ha delinquido nuestro secretario en entrar en una de mis calles, y yo soy el testigo, que le topé. También dijo no ser culpa suya, sino el ir acompañando á una dama. No obstante, replicó el presidente, ha de pagar usted la mitad de lo que yo gasté. Está bien, soy

contento, dijo el secretario; dígalo usted con verdad, pues ve me fio de ella. Señor, yo bebí cinco tazas sencillas, que á buena cuenta tocan á usted las dos y media, y media por haber incurrido, son tres. No son sino dos y media, replicó. Si son; y de unas razones en otras se empeñaron, con que dándole un sopapo nuestro licenciado, se alborotó el cortijo; y el archipobre voceando: Resistencia y ayuda al colegio, acudieron todos. No lo apaciguaron tan á solas que no se hallaran dos ministros de alguacil que habian salido á caza de gangas, y topando esta, se metieron á desplumarla, los cuales asiendo de nuestro licenciado, y del Sargento, que estaba amostazado hasta las narices, los quisieron llevar adonde la sal es lo mejor que tiene; pero reconociéndole las faldriqueras á Vireno, le hallaron el bolsillo, que ellos dijeron ser hurtado y que conocian al dueño, y que se le habia de acordar; mas dándoles dos empujones de buen aire, se les escurrió, acogiéndose

á los palacios de Castellán de Amposta, donde se aseguró de aquel riesgo.

Estuvo en este palacio hasta la noche, que salió con intento de verse con Olimpia y trazar el modo que tendria para cobrar los veinte del préstamo ya referido. Por las mas ocultas calles que pudo se fué á su casa, y hallándola cerrada, admirado preguntó á los vecinos la causa, y fuéle respondido estar la madre y las hijas presas y muy apretadas, la madre por tercera, y las hijas por primas de la música de Cupido; y que juntamente habian preso á otra dama por haber sido la total ruina de un hombre casado, llamada Tirse. No quiso saber mas nuestro licenciado, y yendo á su posada, dijo que se quedaba á cenar con un amigo, ausentándose de Zaragoza sin gasto de carruaje, por poder decir con verdad lo del caracol: *omnia mea mecum porto*; ofreciendo, si acaso me escribe sus travesuras, dar fin con sus hechos en la segunda parte.

## EL HERMANO INDISCRETO,

POR DON DIEGO DE AGREDA Y VARGAS,

NATURAL DE MADRID.

GRANADA, la mas insigne ciudad de España, tanto por sus magníficos y suntuosos edificios como por la copiosa muchedumbre de ciudadanos que la habitan, acompañados de serafines que en forma humana gozan del mas amable privilegio de naturaleza, conocida y reputada generalmente por paraíso de España, cuyos amenos carmines exceden los jardines hibleos, los celebrados pensiles de Persia; hechizo general de forasteros, donde con agradable emulacion igualmente compiten los estimables dones del cielo, salubres aires, abundancia, riquezas y hermosura, centro de grandezas y comodidades, que bastaran á hacer opulento y amable al mas célebre reino del orbe. En esta ciudad, ó mas propiamente paraíso de deleites, vivia un caballero mayorazgo, cuyo nombre era don Alonso de Vargas, de moderada hacienda y grandiosa virtud, tan adornado de la librea de la muerte, cuanto desengañado de la inconstante fragilidad de las humanas miserias, y con la certidumbre del fin del destierro, como prudente, prevenia el cierto como temeroso camino, la forzosa y estrecha cuenta del recibido talento. Gozaba de una hija y un hijo, cuyo nombre era don Juan, y el de ella doña Isabel, siguiendo el apellido de su padre; eran el único consuelo de sus cansados años, que como vivas imágenes de su alma representaban en su vista la agradable prorogacion de la frágil naturaleza, de los hombres tan deseada, siendo ellos generalmente amados por la buena memoria de sus progenitores, y doña Isabel particularmente por su honesto recato y prudencia, como él por su cortesía y buenas partes; porque si en la ciudad se ofrecian fiestas, era el regocijo de ellas; si disensiones, el que á costa de su comodidad y hacienda las componia y ajustaba; y finalmente, era cortés, liberal y cumplido con sus amigos é iguales, familiar y pródigo con los inferiores, con que llegó á ser un general hechizo de las voluntades. De la suya dependian las mas grandiosas y humildes; en ella, sobre una conocida virtud, competian cordura, recato, hermosura y agrado, causa de que cuando se ofrecia ha-

blar de sus méritos, todo era en sus alabanzas, tan justamente merecidas.

Frecuentando don Juan, como es ordinario, la conversacion y trato de otros caballeros mozos, hizo particular amistad con uno, que se llamaba don Diego Machuca, descendiente de aquel famoso que en la conquista de Sevilla por la falta de la espada hizo con el ramo de olivo tan valerosos hechos; y como suelen ser unas mismas las cosas que los afectos dictan en iguales años, no se hallaban un punto divididos, juntos gozaban de los entretenimientos, si no forzosos, mas comunes á la juventud. En el discurso de esta amistad don Juan dió cuenta á su padre y hermana de la que con don Diego profesaba, y el buen viejo, que conocia la virtud y calidad del caballero, que cuando acompañan á un sugeto de pocos años son dignas de veneracion, y mas en este siglo, donde la juventud hace gala de los vicios, de que debiera afrentarse. Aprobó don Alonso el buen acierto; rogóle que lo continuase, y dejándole á solas con la hermana, se retiró á su cuarto; y don Juan, como uno de aquellos á quien la falta de que hablar suele hacer notable daño, prosiguió indiscretamente encareciendo los merecimientos de su amigo, bazarria, liberalidad y discrecion, pintándole el mas perfecto caballero del mundo; de modo que la vana curiosidad, tan peligrosa en las mujeres, despertó en doña Isabel el deseo de verle, llevada de la novedad de tanta perfeccion, que la que mas recato profesa, pocas veces ocasionada sabe librarse; y así, á las doncellas es imprudencia alabarles hombres, sino mujeres que estén en opinion de virtuosas, cosa que raras veces causa envidia, porque loarlas, en presencia de damas, de bizarras, entendidas y hermosas, en el mas estrecho parentesco viene á ser grosería, y en la mas entendida engendra sospecha de algun desprecio, cosa que notan con particular cuidado, dándose por ofendidas del mas pequeño descuido, y calificando por imprudente al que en algo falta de la que tienen recibida por ley de cortesía; pues disimulando como saben en las ocasiones, que en esto llevan notable veu-